

do per servir a un simbolismo elemental —“expresarse” no es sinónimo de “contar historias”—, pero irrefutable. Un baile formado por elementos muy simples, tal vez sería mejor decir “simplificados”, porque el montaje de “The Mooch” parece pedir algunos ingredientes más, que tal vez no faltaron en origen; un baile que en todo momento busca ser directo y llegar a todos. Aunque aquí, por una serie de circunstancias, nos alcanzara sólo a unos pocos. ■
JOSÉ RAMÓN RUBIO.

ARTE

Ya está. Ya está la temporada de arte desencadenada. Todavía hay una cierta timidez primeriza en estas primeras manifestaciones, que no rompen ningún plato; que parece que no quieren romper ningún plato... Pero dentro de un mes, ya no podremos vivir. “Que no has visto la exposición tal... ¿Pero es que no vas a comentar tal exposición?”. La otra tarde, cuando estaba con los amigos en la exposición de Quique Ortiz (siempre es bueno abrir temporada con los gallegos, esos gallegos tienen costumbre y experiencia de inauguraciones)... Pues estando allá con los amigos, había un tono íntimo, a pesar de que había bastante gente..., un tono de media voz, que ya no es posible encontrar en las exposiciones de temporada “hecha”. ¡Si fuera siempre así! Pero no. Ese estilo familiar se acaba desde el comienzo de la temporada. Y con la de Cárdenas, lo mismo...

Ortiz Alonso, en ARTE HORIZONTE

Está bien la introducción —bilingüe: en gallego y en castellano— que le pone Quique Ortiz a su exposición a través de su catálogo. Está bien denunciar, como él lo hace, las bodas contra natura entre la burguesía, más o

menos coleccionadora, y el artista. A mí, que los artistas adopten actitudes claramente “de izquierdas”, siempre me parecerá bien, porque para el tiempo que se avecina es necesario que quede claro que la inteligencia está donde debe estar.

Pero había que buscar —como yo lo hice— el rastro estilístico de la posición ideológica que mantiene Ortiz... (“ideológica”, digo, con perdón de don Gonzalo, profeta de la crepusculización de las ideologías). Y creo que sí, que encontré el nexo unitivo entre sus ideas sobre el arte y su manera de realizarlo.

Lo encontré —yo creo— en su voluntad efectiva de “realismo”. Digo “efectiva”, para diferenciar su realismo de ese superrepresentativismo que se prodiga tanto hoy —y que, por los demás, suele estar bastante bien—, el cual, a mi modo de ver, introduce una serie de elementos mágicos, a veces directamente surrealistas, idealizantes, etcétera, que difícilmente hacen compatible esa tendencia con un verdadero realismo.

Los grabados de Enrique Ortiz, casi siempre, son escenas de puertos pesqueros galaicos, con episodios de llegada, pesaje o subasta de la pesca; pero en todos ellos, los personajes están tan penetrados por su propia cotidianidad —por sus trabajos y por sus días— que en modo alguno aceptarían la idea de una posible idealización. Lo de menos es que la figuración de Ortiz se asemeje visiblemente y anatómicamente a la realidad tal cual —el realismo viene dado por otras circunstancias—, por el talante expresivo de la realidad, no por su figuración—; lo importante para acreditar a Enrique Ortiz como un “realista” es percibir la esencia nada eterna, nada “ideada” de la realidad que relata. Los personajes —de corbata y pantalón, si son los grandes jefes de boina y traje de faena, si son obreros— pueden fumarse displicentemente un cigarrillo o gesticular en su conversación, pero carecen de esa actitud olímpica o mayestática con el que el gran arte del pasado idealizó a sus personajes, ya fuesen dioses o reyes.

El mismo Picasso, cuando pintó escenas, casi siempre tuvo que desnudar a sus personajes, para privarles de la cotidianidad de la corbata y el pantalón, que, todavía en su tiempo, era muy difícil introducir con corrección en el arte. Y claro que los grandes retratistas de la época helenística tuvieron que desnudar a Alejandro —o vestirlo



Evita la caída del cabello
 Eficaz contra la caspa
 Combats infectious dandruff
 Soap and hair conditioner

LOCION
 DE AZUFRE

Veri

INTEA Santander
 Made in Spain

¿No se da Vd. cuenta de lo que sucede con la mayoría de sus amigos? De como van perdiendo su cabello poco a poco y no pueden evitar la caspa. ¿Ha pensado que quizás no usan el producto adecuado? Un producto que tenga como base el azufre y por tanto aporte los elementos indispensables para la vida y salud del cabello. Un producto con acción reguladora a través de los extractos vegetales que contiene.

Si quiere prevenir la caída del cabello o tiene caspa...

Loción de Azufre **Veri** Más le vale

IN-VERI/28



Los puertos pesqueros son una constante en los grabados de Enrique Ortiz.

con una severa toga de rectos pliegues— para "idealizarlo".

Lo de Quique Ortiz está tan voluntariamente penetrado por la cotidianidad que en algún momento el clima de su escena grabada podría acercarnos a un cierto talante fotográfico. Pero no: porque Ortiz menosprecia la dicción fotográfica de la realidad que pretende reflejar. Eso que sigo está en la vividura real de los personajes y las cosas que pueblan su mundo, en las gafas, el cigarrillo o la verruga en la nariz visible en ellos, rompiendo todo conato de composición olímpica.

¿Dónde está, digo, el nexo de unión entre sus ideas y su estilo? Está en su rechazo radical de todo idealismo o de toda idealización. Me parece que las otras conexiones son tan absolutamente evidentes, que está de más tratar de reseñarlas. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

CINE

"Retrato de familia"

Las últimas temporadas han ofrecido un nuevo tipo de películas españolas que pueden agruparse en función de dos aspectos fundamentales: de un lado, una imprescindible "calidad" en la

factura (películas bien cuidadas, excelentes repartos, fotografía brillante, etc.) que rompa con ese cine casposo y fraudulento que últimamente proliferaba. De otro lado, una dosis de crítica política condimentada con una compleja anécdota que encauce esa crítica o la disimule, una cierta apertura censora en torno a determinados temas ha volcado algunas de esas películas "críticas" a dos cuestiones que, arrastradas durante años en nuestro cine, nunca han tenido oportunidad de verse desarrolladas: la guerra civil y sus consecuencias y el sexo. "La prima Angélica", "Tormento", "¡Jo, papá!", "Pim, pam, pum, fuego", "Las largas vacaciones del 36", "No quiero perder la honra" podrían ser, salvando todas las distancias entre ellos, algunos de esos títulos: una nueva "tercera vía" autorizada por la Administración, que pueda dar el aire de una apertura crítica que enfrente a los españoles a su Historia y sus responsabilidades, pero que en la realidad de esas películas está lejos de existir. Siendo productos honestos no llegan, en términos generales, a poder zafarse de las restricciones directas o indirectas de esas censuras y, por lo tanto, a convertirse en documentos reales de determinados aspectos de nuestra Historia o en la exposición de una España vencida.

"Retrato de familia" (basado en la novela de Delibes "Mi idolatrado hijo Sisí") podía ser un nuevo título de este "ciclo". Sin tener que alcanzar ningún otro tipo de semejanza con las películas más arriba citadas (entre sí también muy diferentes), encontramos de nuevo esa "factura" imprescindible —nuevo "touché" de una producción que ha

descubierto como más rentables las películas caras que los bodrios repugnantes de tres al cuarto— y el interés por reflejar una nueva dimensión de la realidad oficial. Así, una guerra vivida por los vencedores que no corresponde a la mitificación del heroísmo y la cruzada que tanto se nos ha repetido. Los personajes de "Retrato de familia", lejos de entender la trascendencia de una guerra que acabarían ganando —o perdiendo, ya que, de hecho, todo el mundo la perdió como en la propia película se apunta—, sufren el miedo, el egoísmo, el resultado de unos complejos morales que suponían de inmediato una atadura más fuerte que la propia guerra.

El retrato de una burguesía provinciana, atada a miserabilismos que no han sido transformados y que pueden conducir, bien a la autodestrucción o bien a una agresión de corte autoritario, forma el núcleo de la narración de Antonio Giménez Rico; a través de ella se pretende ofrecer un panorama, por distinto, revulsivo. Naturalmente, el tono elegido en la narración y la localización concretísima de los personajes no permite ampliar excesivamente su denuncia, pero sí ofrece una perspectiva que, como salta a la vista por algunos comentarios de prensa, no deja de producir escozores.

Aun cuando algunos aspectos de la película puedan resultar nos discutibles (quizá, sobre todo, muchos "flash backs" que no acaban de coincidir "psicológicamente" con la reacción de los personajes vistos en la actualidad —el hijo agresivo cuando

adolescente y pacífico años más tarde—), "Retrato de familia" es la mejor película de su director. Abandonando el aire caricaturesco de sus anteriores obras (que en la línea de Berlanga, no llegaron nunca a poseer su profundidad ni su gran poder corrosivo), este aire clásico de "Retrato de familia" se adapta, al parecer, más a una sensibilidad interesada por aportar, en esta compleja etapa de la vida española, una visión personal que deshaga monstruos privados y clarifique otros colectivos.

Cine de transición, respetuoso y respetable, que debe ser seguido con interés. ■ DIEGO GALAN.

TEATRO

Al fin, "La Bernarda", de Angel Facio

Cuando Angel Facio dirigía el Teatro Experimental de Oporto, montó, no sin escándalo en el Portugal de entonces, "La casa de Bernarda Alba" en los mismos términos en que ahora lo ha hecho en España. Era en la temporada 71-72, y en TRIUNFO publiqué una larga y elogiosa crítica. Luego, el trabajo mereció la selección para diversos festivales internacionales, entre



"Retrato de familia", de Antonio Giménez Rico (1976).